



**¡Lea Vd.  
estos libros!**

**Cultura impresa 1900-1930**

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Lea Vd. estos libros : cultura impresa 1900-1930 / 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2022.

72 p. ; 21,5 x 16,5 cm.

ISBN 978-987-728-139-2

1. Industria Editorial. I. Título.  
CDD 070.51

© 2022, Biblioteca Nacional Mariano Moreno  
Agüero 2502 (C1425) CABA  
[www.bn.gov.ar](http://www.bn.gov.ar)

ISBN 978-987-728-139-2

Impreso en Argentina  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723



Abril-Agosto 2022



BIBLIOTECA NACIONAL  
MARIANO MORENO



## La formación de la cultura letrada

Se ha dicho que las naciones se constituyen como comunidades imaginadas cuando su cultura letrada se encarna en el sentido común a través de literaturas que dan la clave de la identidad futura. Asimismo, la idea de un público lector requiere concebir también la dimensión material del libro. Para definirlo rápido: un mercado. Es decir, editores, distribuidores, librerías, junto con escritores, traductores, tipógrafos, canillitas, diarios, revistas, folletos y libros de acceso masivo.

Producida la unificación nacional, el dilema de la identidad aparecía como un enigma a develar. Un mundo de papel impreso ayudaría a conformar un universo de versiones sobre la realidad capaz de articular el todo social, aunque con tensiones y disputas de sentido. En la Argentina, la construcción del lector popular, prácticamente restringido durante el siglo XIX a los periódicos y folletos gauchoescos, entrado el siglo XX dio con figuras promotoras de nuevos formatos que segmentaron públicos —trabajadores, mujeres, niños— impulsando una modernización acelerada. Así, la provisión europea, mayormente española y francesa, fue reemplazada por productos locales. Tanto la colección de *La Nación*, pionera en poner al alcance del público lector autores de la literatura universal, como las publicaciones de las izquierdas en ascenso —anarquistas, socialistas, comunistas—, fueron configurando un mapa de temas que diseñaron las identidades en ciernes. Pero también la búsqueda de nuevos públicos por parte de empresarios avezados produjo libros y publicaciones periódicas de alcance masivo y temática popular. Desde la novela romántica a la literatura infantil, pasando por el drama social o el deporte, géneros y autores fueron diversificándose hasta constituir un campo cultural de masas que dio origen a la profesionalización del escritor a la vez que propició espacios para las nuevas identidades en devenir. No es pensable la Argentina sin las colecciones dirigidas por José Ingenieros, Ricardo Rojas o Roberto J. Payró, o las ediciones Tor, las revistas *El Gráfico*, *Para Ti* o *Billiken*, o los emprendimientos de Antonio Zamora y Natalio Botana, por poner solo algunos ejemplos. La exposición *Lea Vd. estos libros* permite reflexionar sobre las transformaciones en el mundo editorial que, en apenas un par de décadas, forjaron la base material de la cultura letrada argentina.

**Guillermo David**

Director Nacional de Coordinación Cultural  
de la Biblioteca Nacional

Interior de una librería, junio de 1904. Fondo AGN.



# Identidad nacional y cultura impresa

Las últimas décadas del siglo XIX en Argentina fueron testigo de una serie de iniciativas políticas que modificaron taxativamente la naturaleza de lo que hoy es el país. Los últimos focos de resistencia a la hegemonía porteña y sus pretensiones de monopolizar el destino económico de un conjunto de provincias tan distintas como enfrentadas habían sido derrotados. Se abría, entonces, una nueva etapa: la de gestar un Estado nación unificado. Eso implicaba, por un lado, construir el andamiaje administrativo que permitiera desplegar y consolidar la estatalidad en todo el territorio y, por el otro, *inventar una nación*, es decir, establecer un “nosotros” allí donde durante décadas habían primado las disputas y latía fuerte el dolor por la reciente derrota. Pero además, no solo se trataba de anudar en una misma identidad nacional una población heterogénea y dispersa, sino de depurarla racial y culturalmente poblando el territorio de nuevos ciudadanos: ciudadanos calificados, ciudadanos blancos, ciudadanos





Gauchos de Baradero, provincia de Buenos Aires, 1868. Foto de Emilio Schoeder. Fondo AGN.

“útiles”. Durante esas décadas se avanzó a paso firme en distintas campañas de exterminio de pueblos originarios, ampliando así el territorio disponible para la producción agropecuaria de exportación; se hizo uso de la fuerza y de la ley para disciplinar e integrar al sistema formal de explotación a los gauchos que habían sobrevivido a las sucesivas levas y a la cárcel; y en 1876 se promulgó la Ley 817 que se proponía regular y estimular la inmigración y la colonización europea y blanca. En muy poco tiempo la población argentina y, sobre todo, la de las ciudades más grandes como Buenos Aires, Rosario y Córdoba, vieron llegar a miles y miles de trabajadores y trabajadoras europeos con ansias de mejorar sus condiciones

de vida y, en muchos casos, de integrarse social y culturalmente a un país nuevo y prometedor.

Una de las primeras gestas para construir un sentimiento nacional unificador fue la guerra de la Triple Alianza o guerra del Paraguay (1864-1870), un capítulo ominoso y poco recordado de la historia de la región que dio lugar a los primeros relatos en torno a los “intereses argentinos” supuestamente enfrentados a los del “enemigo” paraguayo. La principal herramienta para llevar adelante este operativo discursivo fue justamente un periódico fundado por Bartolomé Mitre, el entonces presidente y comandante en jefe del Ejército Aliado: el diario *La Nación*. Otra de las iniciativas “nacionalizantes”, en este caso de carácter mucho

más feliz, fue la promulgación de la Ley 1420 de 1884, que estableció la educación primaria común, gratuita y obligatoria a lo largo y a lo ancho del territorio nacional. La implementación de esta ley elevó paulatinamente los niveles de alfabetización de la población, fenómeno que se vio reflejado en los sucesivos censos poblacionales de 1895 y 1914. Además, contribuyó fuertemente con el proceso de homogeneización cultural y construcción de una identidad nacional. A medida que fue creciendo la población alfabetizada, el mundo impreso pasó a constituirse en uno de los principales canales de construcción de imaginarios, consensos y subjetividades, a la vez que se fueron creando poco a poco nuevos hábitos y espacios de lectura que se combinaban con formas tradicionales y colectivas de transmisión oral.



*La Patria Argentina*, 28 de noviembre de 1879.  
*La Prensa Argentina*, 22 de septiembre de 1888.  
*La Protesta*, 20 de enero de 1910.  
*La Vanguardia*, 29 de abril de 1910.  
*La Prensa*, 9 de julio de 1916.  
*La Nación*, 9 de julio de 1916.



# Nuevas tecnologías

Durante la mayor parte del siglo XIX, la mayoría de los libros que circulaban en Argentina eran importados. Se trataba de ediciones caras y sofisticadas de finos diseños y tapas duras. Como todo objeto de lujo, eran destinadas a una minoría social compuesta por familias de la aristocracia, funcionarios públicos, hombres de letras e intelectuales. A falta de un mercado editorial consolidado, algunos autores argentinos incluso financiaban sus propias publicaciones. Los pocos editores que existían en la época solían recurrir a prensas francesas, españolas o inglesas para imprimir obras literarias en

idioma castellano y con una buena calidad gráfica.

A fines del siglo, comenzaron a crearse las condiciones para la incorporación de nuevas máquinas y materiales tipográficos. Asimismo, se implementaron nuevas técnicas y procesos fotomecánicos modernos que posibilitaron la reproducción en serie de ilustraciones. Varias figuras contribuyeron a la modernización tecnológica del libro en Argentina. Uno de ellos fue Ángel Estrada. Hijo de una antigua familia argentina, Estrada comenzó tempranamente con el negocio de la industria gráfica y editorial



Máquina rotativa del diario *La Prensa*, octubre de 1924. Fondo AGN.

**POEMA DE LA HOE, por González Tuñón**

¡El diario ha florecido grandes plantas de hierro!  
Y yo estoy aquí tisado como en un bosque, grave como en un templo  
alegre como en una mañana que recién se despierta  
con los ojos ardidos como ante un incendio  
Amigos, amigos, amigos.  
¡El diario ha florecido grandes plantas de hierro!  
La Hoe es el corazón de Buenos Aires.  
Mientras en el toldado de la Inertypa vibra la vida  
eche-las en el agua de las chasas en el fuego  
La Hoe es el corazón del tiempo.

La Hoe es el domingo del maquinismo, una canción de acero  
fiesta de los tornillos cocitados, alegría de la velocidad  
cada una de sus piezas es más perfecta que un hombre!

Ya se levanta y va tomando aliento como un monstruo enorme.  
Ruedas ligeras, tuercas, como ideas en el gran cerebro de acero.  
¡La Hoe es el corazón de Buenos Aires y el corazón del tiempo!  
¡Recien venidos al mundo somos los hombres nuevos!  
Somos la juventud de hoy, la de ayer y la de mañana.  
Somos que caminamos, ladrillos al cielo, los ojos como rielas  
trididas a lo largo de horizontes horizontales.  
Somos los que nos emocionamos ante los caminos de hierro  
más que ante los crepúsculos humedados baratas.  
Somos los que nos emocionamos ante los blancos resacaídos  
más que ante las reliquias polvorosas estampas.  
Todo el rumor de la ciudad todo el silencio de la pampa.  
Somos los hombres nuevos recién venidos al mundo.  
Tenemos las manos firmes y el corazón cantando.  
Nos rodean las casas altas y la miseria y el dolor  
y la injusticia y la fatiga — y vivimos en esperanzas —  
en la casa de los portos hay un gran stock de alegría.  
¡Cómo canta la Hoe!

se alza su canción estreñecida  
por un lado tritura el papel blanco  
y por el otro para la hoja florecida.  
¡Somos los hombres nuevos recién venidos a la vida!  
Vivimos del mal una empujando el gobierno

la noche está detrita y el sol ciarinas enfrente.  
Los coleros del mundo se han velado en la casa  
y nosotros en medio, y nosotros bien dichos, como buenas palabras.

**AFFICHE**

Los hombres nuevos  
la toaquina grávida.

**CRITICA CRITICA CRITICA**

Recien brassa llegado con las manos abiertas y el corazón cantando.  
**TROMPO BAILARIN**

El espíritu canta como un ehuquillín  
y hemos abierto todas las camillas.  
Y hemos vivido, danzado, bebido, sufrido  
y hemos reído con ricas más amplias que la gran pared sonora del sol.  
Hay que abrir más ventanas, hay que abrir más ventanas en la eir  
¡dad al cielo.

las ventanas corvales de paisajes distintos  
deír, abrir palabras como en aires caminos  
arrojar los burgueses del tiempo, hacer danzar  
los aos bailarinos de los tiriteros  
y anunciar la niñez del mundo con el fuego  
e iluminar los ojos de los niños como libros de cuentos  
y llamar en el puerto banderas generosas  
y habemos florecido como el mástil más alto  
y empapear la luz, símbolo del pasado  
blanquear las chimeneas vibrar los resacaídos  
escalando con gritos como el sol las tejadas.

**¡RECEN VENIDOS AL MUNDO SOMOS LOS HOMBRES  
NUEVOS!**

hemos llegado ahora con las manos abiertas y el corazón cantando.

*Ángel Estrada*

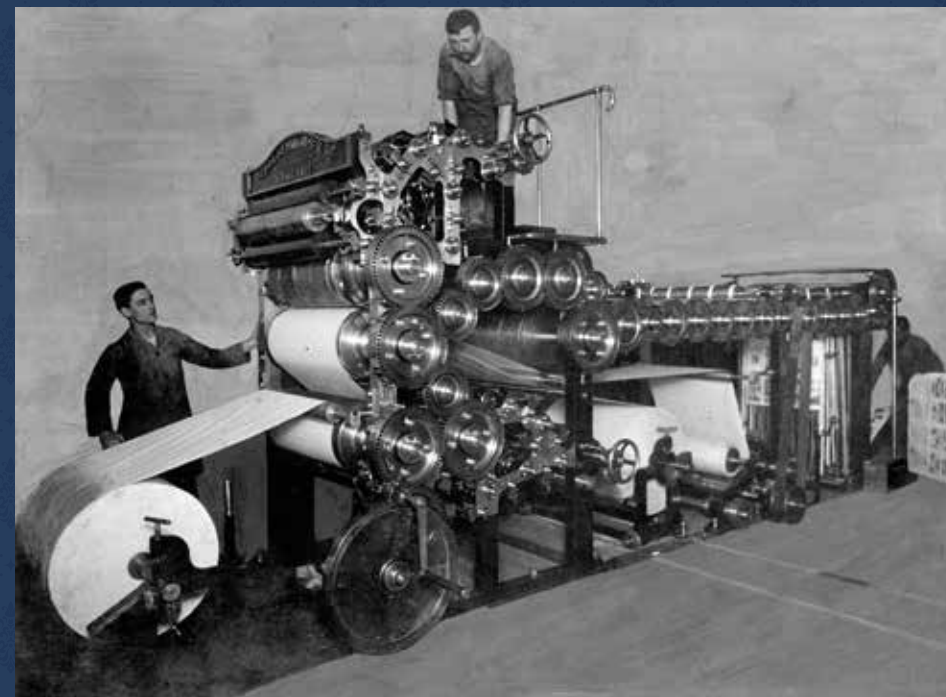
*Crítica*, 2 de septiembre de 1927.



cuando todavía era un campo muy pequeño y poco explorado. En 1884 fundó la segunda fábrica de papel de nuestro país llamada La Argentina. A su vez, la Fundición Nacional de Tipos para Imprenta de la familia Estrada fue la impulsora del crecimiento de las artes gráficas y editoriales nacionales superando la dependencia comercial de Europa y ubicándose como referente latinoamericana en el rubro. Los principales adelantos tecnológicos en materia tipográfica giraron en torno a la mecanización, la energía a vapor y la introducción de las máquinas rotativas para la producción de la prensa periódica. Estrada se convirtió en un

importante importador de maquinaria para la industria gráfica proveniente de Europa y Estados Unidos y el proveedor principal de insumos como los motores a gas para las pequeñas empresas que empezaban a florecer en el rubro. La Minerva, una pequeña máquina tipográfica que revolucionó la producción impresa y que apuntaba a talleres de pequeña envergadura, fue una de las más solicitadas.

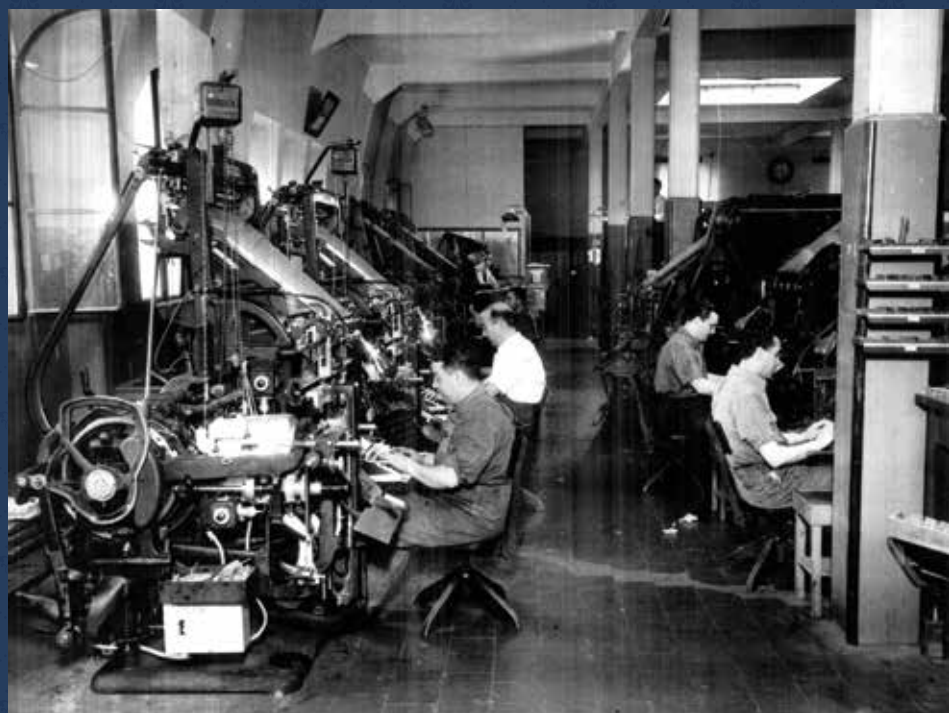
Otras figuras a destacar como paladines de la industria del libro fueron Guillermo Kraft y Jacobo Peuser. Inmigrantes europeos en busca de nuevas oportunidades, las posibilidades de ascenso social disponibles



Máquina rotativa de *Caras y Caretas*, mayo de 1904. Fondo AGN.

en la época les permitieron fundar los primeros talleres editoriales de Buenos Aires. La competencia entre los pioneros estimuló el avance y el aumento de la productividad que muchas veces se tradujo en reducción de la mano de obra. La introducción de nuevas máquinas rotativas para ilustraciones, aptas para imprimir a dos colores en ambas caras del papel, derivó en una división del trabajo en los talleres: etapas del proceso de carácter artesanal se combinaron con otras más fuertemente industrializadas. La mecanización incrementó la productividad y favoreció el abaratamiento de los impresos. Estas nuevas formas de trabajo

determinaron el pasaje de la organización por oficio propia del siglo XIX al sindicato por rama. Las tasas de explotación aumentaron e incluso se incorporó numerosa mano de obra infantil. En 1907, los sindicatos por rama lograron el primer convenio colectivo de trabajo en un rubro que paulatinamente se volvía más dinámico y a la vez más concentrado. Por entonces, los diez establecimientos más grandes reunían la mitad de los obreros del sector. Los libros habían dejado de ser, definitivamente, objetos de lujo para convertirse en mercancías cotidianas y accesibles, piezas clave para la expansiva cultura de masas propia del siglo XX.



Vistas de una rotativa, s. f. Fondo AGN.

Lustrabotas leyendo el diario, octubre de 1927. Fondo AGN.



# Las publicaciones periódicas

.....

**E**l crecimiento de la masa de lectores hacia fines del siglo XIX estimuló el crecimiento y la diversificación de la producción de impresos. Y no solo de los periódicos informativos —ya muy relevantes a lo largo de todo el siglo XIX— sino de distintos tipos de soportes. Uno de los más populares fueron los almanaques. Se trató de objetos impresos que hoy resultan muy curiosos por su carácter híbrido. Los hubo muy numerosos y diversos. Habitualmente, cuando se piensa en los almanaques se los asocia de manera exclusiva e inmediata con el registro impreso de un calendario. Estas dos palabras —calendario, almanaque— funcionan hoy como sinónimos, pero esto no siempre fue así. El almanaque como género editorial tiene una historia de varios siglos y su desarrollo es paralelo al de la imprenta. Si bien desde un principio albergaron los calendarios, con la correspondiente información sobre fenómenos astronómicos y meteorológicos, lo cierto es que también incluyeron informaciones religiosas, partes narrativas



y consejos prácticos, entre muchas otras cosas. A fines del siglo XIX y principios del siglo XX, los almanaques circularon en el Río de la Plata de manera cada vez más cuantiosa, acompañando la ampliación del público lector. Además de los almanaques con informaciones de interés general, existieron otros más específicos, como el *Almanaque del Trabajo del Partido Socialista* o los almanaques agrícolas, náuticos, ganaderos o industriales. En cada caso, se trataba de un compendio instructivo de contenido variado, que cumplía a la vez funciones informativas y de entretenimiento. Consejos útiles para la cosecha, mapas del cielo con la posición de las estrellas, datos sobre eventos sociales y festividades, publicidades sobre distintos bienes de consumo, refraneros e incluso piezas literarias o de obras de alta cultura universal: todo eso acompañaba a los calendarios en los almanaques, que por lo general estaban ilustrados con grabados. Por la masividad de su circulación, además, tuvieron un importante rol



*Almanaque de las familias para 1871*, Buenos Aires, Imprenta del Siglo (y de la Verdad), 1870.  
*El Pasatiempo. Almanaque literario, ilustrado, noticioso del siglo XX*, Buenos Aires, Peuser, s. f.

en la democratización de la cultura letrada y en los procesos de instrucción cívica de comienzos del siglo XX. Uno de los almanaques más populares fue *El pasatiempo. Almanaque literario, ilustrado, noticioso*. Con indicaciones útiles para los agricultores y ganaderos, que la editorial Peuser comenzó a editar a finales del siglo XIX. Junto al calendario, se sucedían noticias, cuentos, rimas, chistes, biografías, fragmentos de contenido histórico, capítulos de libros, entre otros elementos heterogéneos. Se trataron, en definitiva, de piezas impresas que funcionaron como pequeñas enciclopedias y vehiculizaron diversos contenidos y saberes entre una importante cantidad de la población.

Otro tipo de publicación que comenzó a circular fuertemente junto con la llegada de inmigrantes al país fueron los periódicos de las colectividades. Según el censo poblacional de 1914, más de la mitad de la población de Buenos Aires era de origen



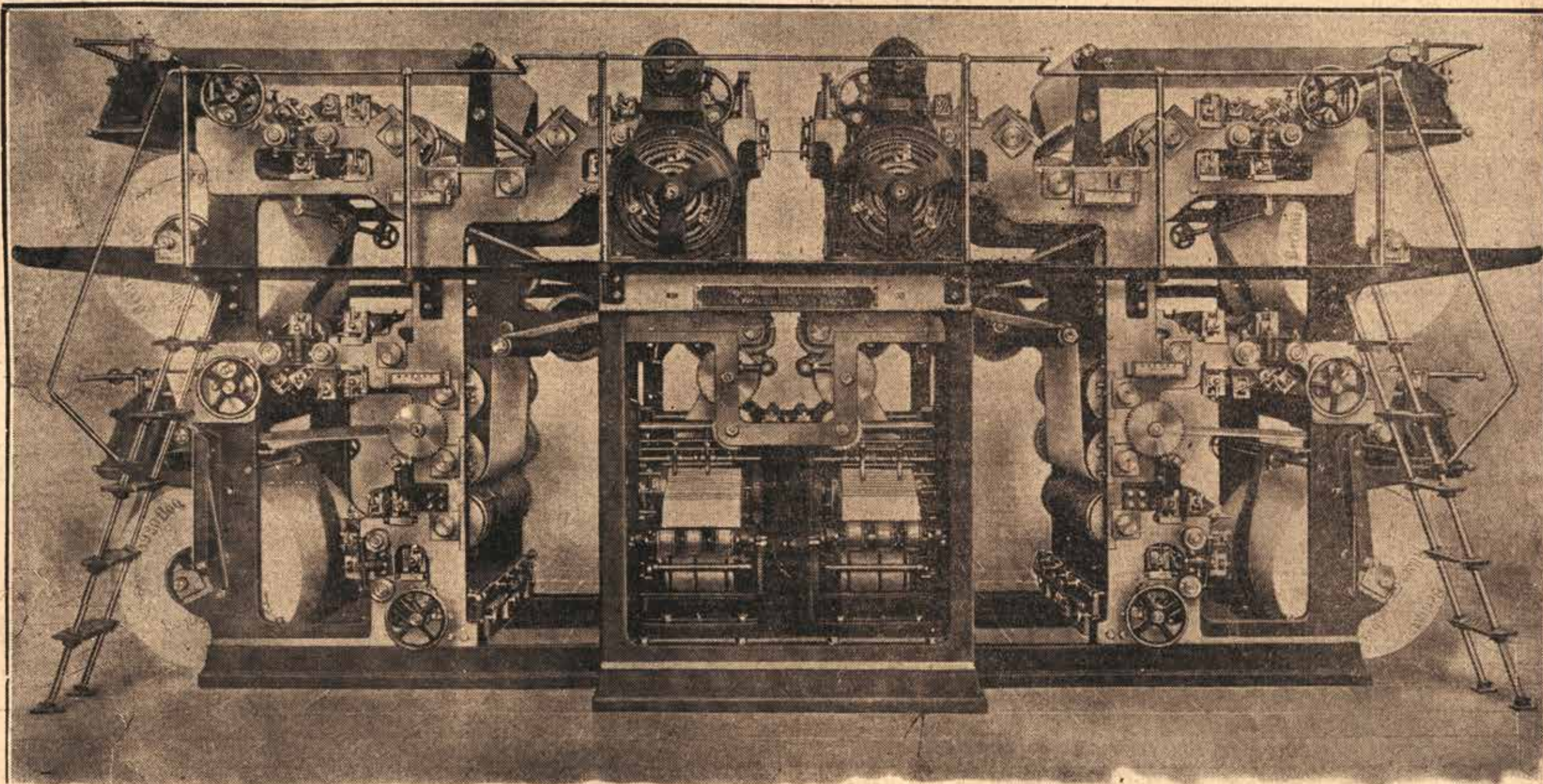
*Crítica*, 15 de septiembre de 1927.

inmigrante y cerca de un cuarto de la población hablaba una lengua distinta del español. En muchos casos, estos periódicos eran una forma de sostener lazos con el país de origen y la ayuda y mutua protección de los miembros de las mismas colectividades. Asimismo, los periódicos y revistas en castellano constituyeron, para la gran masa de nuevos lectores, la principal puerta de acceso al mundo de la cultura letrada. En los albores del siglo XX, los dos principales diarios de la época eran *La Prensa*, creado en 1869 por José C. Paz, y el mencionado diario *La Nación*. Se trataba de dos emprendimientos editoriales fundados por figuras estrechamente ligadas a la vida política del país y leídos fundamentalmente por la elite social y cultural. En ese sentido, tenían como fin casi exclusivo el proselitismo

y la intervención directa en el campo de la política. Recién en 1905, el periodista Emilio Morales fundó *La Razón*, el primer diario comercial que buscaba llegar a un público amplio y que no estaba asociado directamente a un espacio partidario. A esta iniciativa le sucederá un conjunto variopinto de nuevos periódicos modernos como *El Nacional*, *Última Hora*, *La Tarde* y el que será sin lugar a dudas el más exitoso y masivo durante la primera mitad del siglo XX: *Crítica*, fundado en 1913 por Natalio Botana. Se trataba de diarios cuya financiación dependía de su éxito comercial y que dieron inicio a un proceso de relativa autonomización del campo periodístico. La incorporación paulatina de nuevas posibilidades tecnológicas y el crecimiento sostenido de la masa de lectores permitió

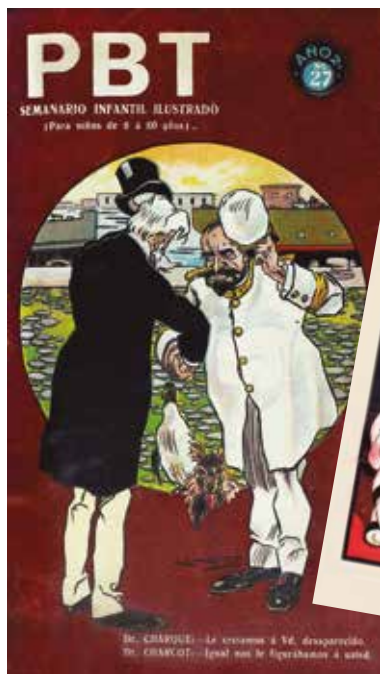


LA 5.<sup>a</sup> EDICION RECLAMA UNA NUEVA ROTATIVA, QUE HA SIDO ADQUIRIDA EN ALEMANIA, Y QUE FUNCIONARA DENTRO DE TRES MESES



*Nuestras máquinas no son suficientes para el tiraje actual. — Hemos adquirido de la casa The Ault y Wiborg la poderosa rotativa, cuya fotografía publicamos, procedente de la fábrica alemana Vogtlandische Maschinenfabrik. — Esta máquina será embarcada en Alemania, donde fué construída especialmente para CRITICA, la semana próxima y estará en funcionamiento a fines de junio*





PBT. *Semanario Infantil Ilustrado*, 25 de marzo de 1905.  
*El Hogar*. Ilustración *Semanal Argentina*, 12 de diciembre de 1924.  
*Caras y Caretas*. *Revista Semanal Ilustrada*, nro. 972, 19 de mayo de 1917.



un salto considerable en la producción masiva de periódicos, pero también renovaciones en el diseño, como la incorporación de páginas a color y de fotografías. La modernización de la prensa también implicó la profesionalización del oficio del periodista y la especialización en temas y géneros específicos. Asimismo, la publicidad se volvió un sostén financiero imprescindible. Para garantizar

la inversión de los anunciantes era necesario mantener un número alto de lectores y una de las estrategias editoriales para lograrlo fue la creación de suplementos y secciones que apelaban a públicos cada vez más amplios y segmentados. Además, el lenguaje publicitario alcanzó nuevos niveles de desarrollo y el vínculo entre texto e imágenes se volvió más sofisticado. Las publicidades, tanto en

diarios como en revistas, comenzaron a intercalarse dentro del propio texto. Junto con los periódicos, las revistas también constituyeron una puerta de acceso al mundo de la cultura letrada para amplios sectores de la población. Parte de su atractivo era que estaban profusamente ilustradas en un momento en donde las imágenes

y más específicamente las fotografías resultaban una novedad muy estimulante. Además, volvían menos dificultoso el abordaje del texto para un lector menos avezado. *Caras y Caretas*, *PBT* y *El Hogar* fueron las más destacadas. Estas revistas incluían muchas veces secciones específicas destinadas al público femenino o infantil, dando

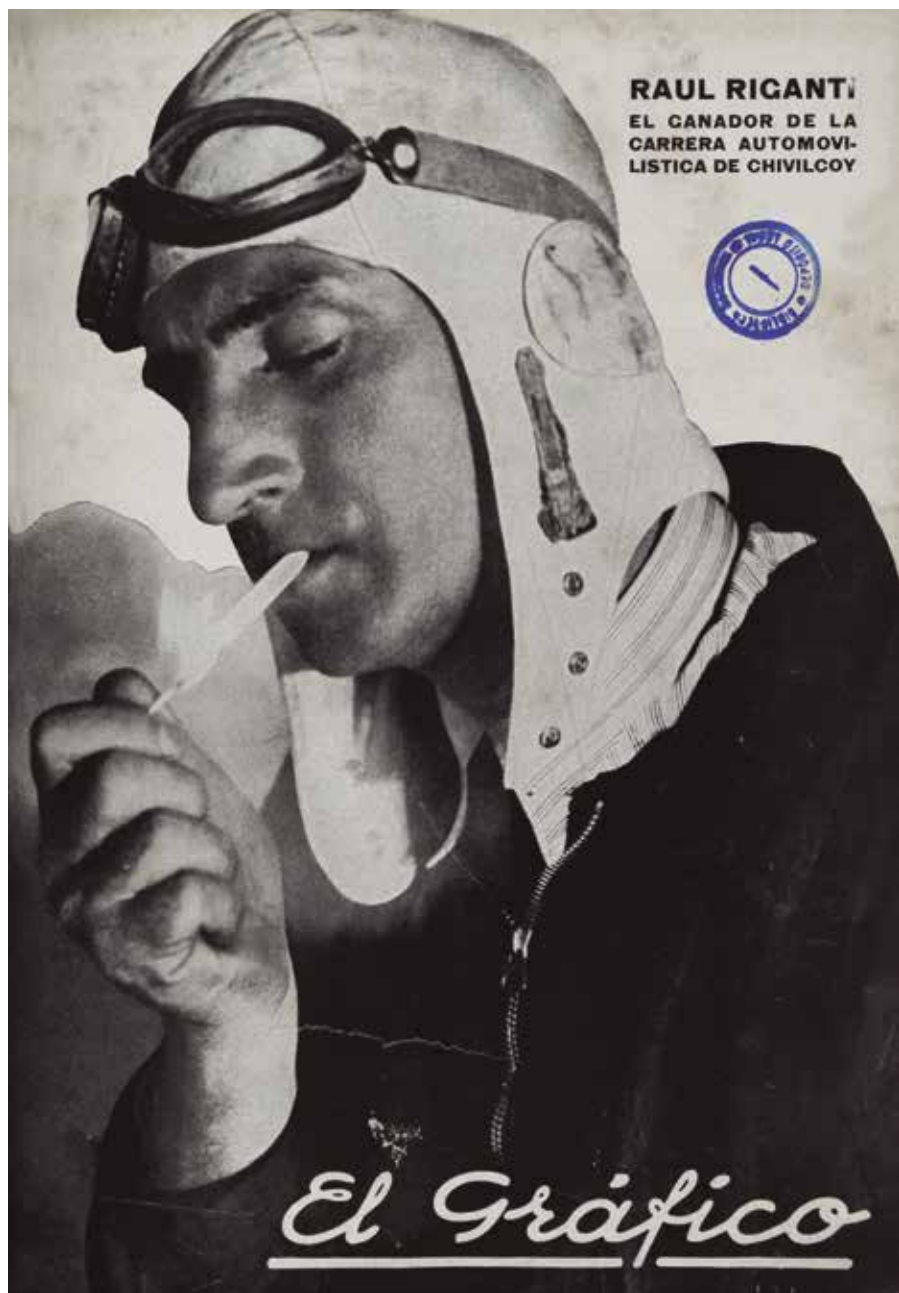


Edificio de *Caras y Caretas*, otoño de 1935. Fondo AGN.



Tranvía de la ciudad de Buenos Aires, s. f. Fondo AGN.





El Gráfico, 21 de diciembre de 1929.



Colectivos leyendo el diario, s. f. Fondo AGN.

cuenta de la centralidad de estos nuevos lectores. Con el correr de los años, incluso surgieron propuestas dirigidas exclusivamente a públicos bien delimitados por género y edad. Constancio C. Vigil fue uno de los pioneros en esta materia. Algunas de sus experiencias más exitosas fueron las todavía vigentes publicaciones *El Gráfico*, revista deportiva aparecida en 1919

y destinada preponderantemente al público masculino, *Para Ti*, surgida en 1922 y dirigida al público femenino, y *Billiken*, revista infantil aparecida en 1919. Ya en 1904 Vigil había lanzado otra revista infantil, *Pulgarcito*, que, quizá por cierta inmadurez del mercado, tuvo mucho menos éxito que *Billiken*. Antes del surgimiento de *Para Ti* también circulaban por estas costas



Colección:

## “Para la Mujer”

Amiga Lectora:

La EDITORIAL CLARIDAD desea que Ud. también participe del saludable provecho de las buenas lecturas. Con tal fin ha puesto en circulación esta colección especialmente destinada a ser leída por las mujeres.

Entendiendo que el problema sentimental de las mujeres solo puede ser comprendido en sus múltiples aspectos por otro espíritu femenino, procuraremos, en cuanto sea posible, brindar a nuestras lectoras obras que provengan de sus propias plumas, escogiendo entre las mejores novelas escritas por mujeres y propias para ellas.

Texto de la colección Para la Mujer extraído de *Flores del Hogar*, de M. Delly (Buenos Aires, Claridad, s. f).



*Para Ti*, nro. 3, mayo de 1922.

*Para Ti*, nro. 17, septiembre de 1922.

*Para Ti*, nro. 5, junio de 1922.



revistas editadas en París y pensadas para las lectoras hispanohablantes, como *Gustos y Gestos* y *Elegancias*. De hecho, las publicaciones periódicas y las colecciones de libros y folletines destinadas exclusivamente al público femenino fueron un fenómeno bastante corriente que no parece haber respondido simplemente a una estrategia comercial. El acceso irrestricto por parte de las mujeres a los libros, diarios y revistas sin el debido control de padres y maridos fue percibido como un signo de modernidad pero también como una amenaza. Estos emprendimientos dirigidos a las lectoras parecen haber venido a paliar, al menos parcialmente, las ansiedades generadas en torno a la masificación







Rafael Fraguero, *La niña argentina: lecturas enciclopédicas en prosa y en verso*, Buenos Aires, Cabaut, 1915.  
*Pulgarcito*, nro. 5, septiembre de 1904.  
*Billiken*, nro. 1, 17 de noviembre de 1919.

de la lectura, ya que sin dejar de autodefinirse como vehículos de la modernización cultural, establecieron parámetros en torno a lo que el *bello sexo* podía leer y lo que no.

Además de promover la paulatina segmentación del público lector según género, edad y clase social, estos diarios y revistas ilustrados funcionaron como

una suerte de puente para amplios sectores de la población hacia el hábito de la lectura de libros. Y no solo en tanto “entrenamiento” y primer contacto con el mundo de las letras, sino también por la sostenida promoción que hicieron de la venta de colecciones de libros, catálogos, enciclopedias, diccionarios y algunos enseres vinculados.



“Un pequeño sacrificio, una privación insignificante, bastará para adquirir esta obra, única editada en idioma castellano, que adornará su hogar y dará la medida justa de su cultura”.

Publicidad de la colección *La Historia del Mundo en la Edad Moderna*, *Caras y Caretas*, nro. 790, 22 de noviembre de 1913.

Las publicidades que giraban en torno a la adquisición de libros establecieron una relación simbólica entre la portación de estos objetos y el estatus social; acceder a una biblioteca propia suponía

la demostración de que se contaba con cierto nivel cultural. Muchas familias pertenecientes a sectores bajos y medios se esforzaron por contar con una biblioteca e incluso un espacio de



lectura dentro del hogar. Las revistas solían difundir imágenes que funcionaban como modelos acerca de cómo debían disponerse estos espacios de lectura íntima y qué accesorios resultaban imprescindibles. En ese sentido, el universo publicitario relativo a la cultura libresca no se restringía solo a los libros en sí, también incluía el mobiliario pertinente: el mueble-biblioteca, las sillas y sillones adecuados e incluso algunos dispositivos de luz eléctrica que facilitarían la lectura. Los distintos planes de pago en cuotas que se ofrecían entonces sugieren que se trataba de promociones especialmente



Publicidad del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano. Caras y Caretas*, octubre de 1912.



*El Tesoro de la Juventud*, Londres, W. M. Jackson, s. f.

pensadas para familias de bajos a medianos ingresos que, en muchos casos, accedían por primera vez a la posibilidad de contar con libros en el hogar. Algunas de las colecciones más importantes que se promocionaron durante las primeras décadas del siglo XX fueron la *Biblioteca Internacional de Obras Famosas*, *La Historia del mundo en la Edad Moderna* (que se ofrecía junto con “un magnífico mueble vertical de roble” para disponer los ejemplares), el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* y *El Tesoro de la Juventud*, entre otras.

## El canillita

Una de las figuras más vinculadas con el fenómeno de masificación de diarios y revistas fue la del canillita. Los canillitas solían ser niños u hombres jóvenes que vendían diarios por la calle, muchas veces voceando las principales noticias del día. El término “canillita” hace alusión al sainete homónimo escrito en 1903 por Florencio Sánchez. La obra contaba la historia de un adolescente que vendía periódicos en la calle para mantener a su familia. Como su pobreza le impedía comprarse ropa nueva, usaba pantalones que le quedaban chicos y dejaban al descubierto sus canillas. En 1947,

se decretó el 9 de noviembre como Día del Canillita en conmemoración de la muerte de Florencio Sánchez. Hoy día se denomina “canillitas” a todos aquellos vendedores de diarios y revistas, aunque atiendan en puestos fijos.



Canillitas de Buenos Aires, s. f. Fondo AGN.

Kiosco de diarios y revistas, s. f. Fondo AGN.



## Los libros folleto

.....

**E**l folletín o novela por entregas fue un tipo de objeto impreso que se extendió considerablemente por la Europa del siglo XVIII. Su particularidad era anudar un tipo de soporte barato y de fácil manipulación con textos de “lectura liviana” y entretenida para públicos populares y recientemente alfabetizados. Durante el siglo XIX, un buen número de folletines de edición española comenzaron a circular por Latinoamérica y, puntualmente en nuestro país, hacia la década de 1870 se empezaron a producir folletines de factura nacional que solían acompañar a algún periódico informativo. Uno de los más importantes fue el del periódico *La Patria Argentina*, escrito por Ricardo Gutiérrez y enfocado fundamentalmente en el género gauchesco. Ya entrado el siglo XX, las colecciones de folletines se volvieron cada vez más numerosas y abarcaron un conjunto de géneros muy populares además de la gauchesca, como la novela rosa o sentimental, la novela de aventuras y la



novela policial, entre otros. Pero el *boom* del libro folleto en Argentina tuvo lugar entre 1917 y 1926, años en que la masificación creciente de la radiofonía supuso una fuerte competencia. No obstante, las novelas de folletín sobrevivieron hasta bien entrada la década de 1940.

Cada folletín por lo general tenía alrededor de cuarenta páginas, costaba entre diez o veinte centavos (el precio de dos boletos de tranvía) y solía contener una novela corta o bien solo una parte de la novela que se completaba en entregas subsiguientes (de allí el nombre de “novelas por entregas” con el que también se conoce a este tipo de publicaciones). Por ese entonces, las librerías resultaban herméticas para los lectores que no disponían de determinadas herramientas culturales necesarias para orientarse en ellas. Por ese motivo, los folletines se vendían casi exclusivamente en zonas de alta circulación como kioscos de diarios y revistas y estaciones de tren y tranvía. Estos lugares se volvieron núcleos de irradiación fundamentales de la cultura letrada, mientras que



Silverio Manco, *Contrapunto nacional*, Rosario, Alfonsino Longo, s. f.

Hilarión Abaca, *El puñal del tirano*, Rosario, Alfonsino Longo, s. f.

Ángel Amante, *Dominga Rivadavia. Poemas en versos*, Rosario, Alfonsino Longo, s. f.

los trenes y los tranvías se convirtieron en los nuevos espacios no convencionales de lectura. Leer en el transporte público se volvió un disfrute al alcance de todos y todas y un alivio eficaz para sobrellevar las largas travesías al y desde el trabajo. Estas postales de lectura contrastaban fuertemente con el imaginario que había prevalecido hasta entonces en torno a esa actividad: del clima de sofisticación y misterio que solía caracterizar a las bibliotecas íntimas y lujosas de las casas aristocráticas, a la lectura descontracturada y veloz en un banco de plaza; de la solemnidad y el silencio propios de las bibliotecas públicas a la lectura errática e interrumpida en un ruidoso viaje en tranvía. En un gesto provocador, en 1922 Oliverio Gironde publicó el libro *20 poemas para ser leídos en el tranvía*, un título que maridaba dos términos aparentemente irreconciliables. La “desacralización” de los hábitos y los espacios de lectura despertó cierto malestar en amplios sectores de elite. Distintas figuras de la política y la intelectualidad de la época advirtieron



Típico kiosco de venta de cigarrillos, diarios y revistas, s. f. Fondo AGN.

sobre los peligros de un acceso irrestricto a textos que podían resultar poco convenientes para el común de la gente. Como era de esperarse, los folletines estuvieron en el blanco de las críticas. Incluso, muchos escritores protestaron por su creciente

popularidad. Si bien el *boom* editorial de los folletines había permitido la emergencia de la figura del escritor profesional, algunos autores consideraban que las características de ese público neófito condicionaban la calidad de la escritura: las





Venta de diarios y revistas y de cigarrillos en avenida Boedo, s. f. Fondo AGN.

“*La Novela Universal* surge naturalmente como una consecuencia de la creciente difusión de la lectura entre nosotros; la gente lee mucho, pero en esta ciudad de vida trabajada y nerviosa, la lectura ha de ser preferentemente breve: pequeños cuadernos para ser concluidos en el viaje de ida y vuelta en tranvía, de casa a la oficina y de la oficina a casa; producciones que puedan, en general, ser gustadas rápidamente en los breves paréntesis de la tarea diaria”.

*La Novela Universal*, 1920.

historias debían ser sencillas, breves y asegurarse la atención de lectores y lectoras hasta el final. Las propias colecciones de folletines comenzaron a desarrollar estrategias de marketing echando mano de estos temores. Un ejemplo lo constituyó la colección *La Novela Universitaria*, cuyo nombre de por sí resulta elocuente. Una de sus editoriales de

1921 señalaba: “Cuando Ud. lleve en el tren o en el tranvía *La Novela Universitaria* no tiene por qué ocultar su título: los que lo vean, dirán que es Ud. una persona de distinción intelectual y de cultura”. En ese sentido, el universo de los folletines estaba atravesado por la tensión que suponía ofrecer un producto atractivo y económico para esta nueva

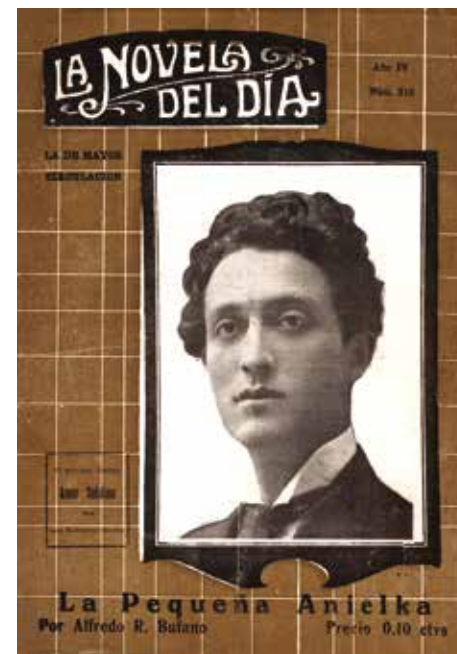


*La Novela Semanal*, nro. 301, 20 de agosto de 1923. | Manuel Gálvez, “Luna de miel”, en *La Novela Semanal*, nro. 5, 17 de diciembre de 1917. | *La Novela Semanal*, nro. 329, 1º de marzo de 1924.



masa de lectores y, al mismo tiempo, tratar de distanciarse de los prejuicios que la asociaban a la mala literatura, las bajas pasiones e, incluso, la pornografía.

Influidos por la aversión que despertaban los folletines en amplios sectores de la elite, surgieron distintas iniciativas que intentaban reconciliar la vocación popular de los folletines con el ofrecimiento de contenidos considerados de “alta cultura”. En muchos casos, no se trataba únicamente de garantizar que las obras fueran “de calidad” sino que, además, se tratara de “libros” y no de “folletos”. La primera iniciativa en este sentido fue la Biblioteca de



Alfredo R. Bufano, “La pequeña Anielka”, en *La Novela del Día*, nro. 212, 31 de marzo de 1922.



Josefina Crosa, “Una mujer coqueta”, en *La Novela Femenina*, nro. 52, 2 de diciembre de 1921.

“Conocida es la aceptación que este difícil género literario encuentra en nuestro público, cuya actividad febril o absorbente preocupación económica le imponen la lectura de obras cortas, amenas y baratas en el tranvía y en sus breves momentos de reposo, en los cuales satisfacer la necesidad del placer artístico, que en las multitudes civilizadas es tan apremiante como el alimento físico”.

*La Novela del Día*, 1918.





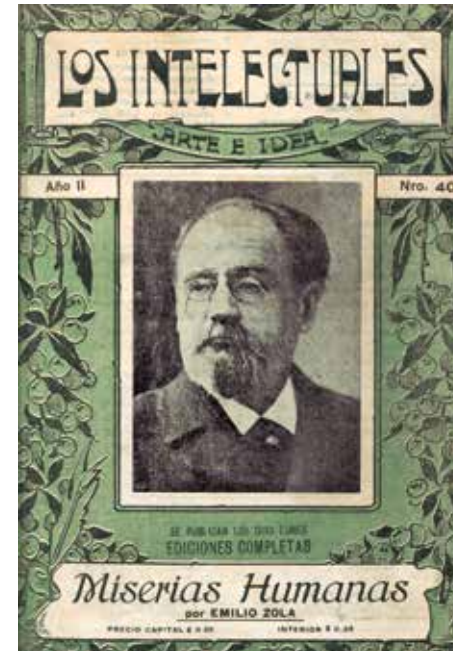
Manuel Gálvez, “Una nueva Argentina”, en *La Novela Universitaria*, 14 de septiembre de 1921.

La Nación, una colección lanzada por el diario homónimo en 1901 y dirigida por el escritor Roberto Payró. Se trató de un conjunto de libros baratos que abarcaba tanto clásicos nacionales como de literatura universal pretendidamente *al alcance de todos*. En una nota previa a la salida del primer ejemplar de la Biblioteca se afirmaba: “Toca, pues, al libro, si pretende abrirse un camino de popularidad análoga a la del periódico, seguir el camino de este, es decir, abaratare, ponerse al alcance de todos, convirtiéndose, por este medio, en un

“Cuando Ud. lleve en el tren o en el tranvía *La Novela Universitaria* no tiene por qué ocultar su título: los que lo vean, dirán que es Ud. una persona de distinción intelectual y de cultura”. *La Novela Universitaria*, 1921.

complemento de la hoja diaria y a su vez en una necesidad”. La colección se consideraba “popular”, dirigida incluso al “más humilde obrero”. En sintonía con aquellos impresos destinados al público femenino e infantil, puede pensarse que en esta iniciativa, surgida desde un periódico hasta entonces casi exclusivamente orientado hacia una minoría social letrada, existió también la idea —o el deseo— de orientar, influir e incluso dirigir las lecturas de los sectores populares. Esta novedosa oferta de clásicos de la Biblioteca de La Nación permitía a la “masa” instruirse en la buena literatura al costo de abandonar la mala literatura propia de los folletines.

Otra iniciativa destacada y más tardía fue la colección *Los Pensadores*, fundada en 1922 por un joven inmigrante de origen andaluz llamado Antonio Zamora junto con algunos colaboradores. Zamora tenía ideales socialistas y consideraba necesario abogar por la educación y la formación cultural de los sectores populares, como condición *sine qua non* para el ascenso social. Se propuso entonces publicar exclusivamente



“literatura de calidad”, sobre todo de autores europeos y reconocidos. La publicación señalaba: “Esta revista ni busca ni admite avisos de ninguna clase, a ningún precio, pues está dedicada a la difusión de las buenas obras y no es, como muchas otras publicaciones, una empresa comercial. Queremos difundir obras buenas a precios populares”. Mensajes como este se repiten incansablemente a lo largo de sus páginas, recalando su compromiso con la calidad de las obras, su publicación completa y su correcta traducción al castellano en caso de que fueran extranjeras. Abundan las denuncias a otras colecciones por cercenar las obras y las permanentes advertencias al público lector sobre el carácter nocivo de los textos publicados por emprendimientos editoriales con fines meramente comerciales. A lo largo de casi dos años, la colección reprodujo cien números, cada uno dedicado a publicar una obra monográfica de géneros muy variados. A juzgar por algunos indicios, la colección fue muy exitosa en ventas. De hecho, muy poco tiempo después aparecieron varias colecciones con un espíritu y una estética muy similar a la publicación de Zamora, como *Los Intelectuales* y *Las Grandes Obras*, a la que nos referiremos más adelante.

Emilio Zola, *Miserias humanas*, en *Los Intelectuales*, nro. 40, 1º de enero de 1923.



# Los primeros editores modernos

.....

**A** finales del siglo XIX, la producción de libros en Buenos Aires y algunas ciudades del interior se concentraba fundamentalmente en las figuras de los imprenteros y los libreros. Las imprentas producían todo tipo de publicaciones, desde diarios y revistas hasta folletos y almanaques. La figura del “editor” se encontraba todavía muy desdibujada y dependiente de la posesión de una imprenta o una librería. A eso se le sumaba que la mayoría de los libros no se imprimían en el país: incluso llevando sello editorial argentino solían imprimirse en Europa. Las imprentas extranjeras superaban a las locales en precio y calidad; las casas editoriales alemanas, francesas y españolas, en su mayoría, controlaban el mercado hispanoamericano. De hecho, durante las primeras décadas del siglo XX, existía una separación bastante clara entre el circuito que podía llamarse letrado o de elite y el circuito popular. Mientras que el circuito letrado frecuentaba librerías y ediciones importadas o nacionales pero de factura costosa, el



circuito popular estaba constituido por ediciones folletinescas o similares, distribuidas exclusivamente en estaciones y kioscos de diarios y revistas. Sin embargo, este estado de cosas pronto se modificaría.

El estallido de la Primera Guerra Mundial hizo que muchos de los libros que distribuían las casas editoras europeas desaparecieran transitoriamente, lo que supuso una coyuntura favorable para la emergencia de diversos emprendimientos editoriales nacionales. Al mismo tiempo, numerosos adelantos técnicos posibilitaron el aumento y abaratamiento de la producción de impresos. También permitieron ofrecer objetos más atractivos por su diseño y factura, por lo que el objeto libro fue, paulatinamente, haciéndose más accesible. Se trató de un proceso de varias décadas, pero sobre todo a lo largo de la década de 1920 la producción editorial nacional tuvo un crecimiento vigoroso, cualitativo y cuantitativo, a tal punto que en 1928 se organizó en el Teatro Cervantes la Primera Exposición Nacional del Libro, a cuya inauguración asistieron el entonces presidente Alvear y su equipo de gobierno.

El mencionado Antonio Zamora, Samuel Glusberg, Manuel Gleizer y Juan Carlos Torrendell fueron las más destacadas figuras de este período. Cada uno, a su manera, estuvo a cargo de empresas cuyo objetivo fue, en todos los casos, difundir obras de literatura y pensamiento universal y nacional a precios económicos. Comparada esta situación con la de principios de siglo, se advierte cómo a partir de la década



Suplemento "El libro", *La Nación*, 21 de septiembre de 1928.

de 1920 la publicación de libros baratos se convierte en un negocio rentable económicamente. Estos nuevos editores fueron verdaderos agentes culturales modernos, comerciantes con astucia financiera y, a la vez, como en el caso de Antonio Zamora, agitadores políticos que intervinieron con sus productos en un mercado de lectores ávidos a los que al mismo tiempo pretendían orientar. Si se piensa en José Ingenieros o Ricardo Rojas, que habían estado a cargo de dos de los emprendimientos editoriales más importantes surgidos en la década de 1910 (*La Cultura Argentina* y *La Biblioteca Argentina*,

Benito Lynch, *El pozo*, Buenos Aires, Ediciones Selectas América, 1920. Almafuerte (Pedro Bonifacio Palacios), *Evangélicas*, Buenos Aires, Ediciones Selectas América, 1921.



respectivamente), se comprende aún más el carácter efectivamente *emergente* de estos editores. Tanto Rojas como Ingenieros eran intelectuales que habían intervenido en los debates en torno a la "cuestión nacional", particularmente intensos alrededor de los años del Centenario de la Revolución de Mayo, y sus iniciativas editoriales estuvieron relacionadas directamente con ese contexto de "demanda de nacionalismo". Por esa razón, difundieron obras de pensadores, políticos y hombres de letras argentinos ya fallecidos, tratando de poner en serie el pasado cultural y literario del país. Rojas también había creado, en 1913, la cátedra de Literatura Argentina de la Universidad de Buenos Aires y, pocos años después, comenzaría a escribir su

monumental *Historia de la literatura argentina*. Esto ya suponía un ordenamiento, una selección, una depuración y una definición sobre un objeto para él indudablemente existente: la literatura argentina.

A diferencia de estos intelectuales, los nuevos editores eran mayoritariamente inmigrantes de familias humildes, jóvenes sin

formación universitaria, autodidactas provenientes de oficios sin contacto estricto con la cultura letrada, y todas sus empresas se orientaron menos a la organización de un pasado nacional que a la intervención pedagógico-política sobre el presente. Antes de constituir sus empresas editoriales, Samuel Glusberg era vendedor de máquinas de coser y empleado del ferrocarril; Manuel Gleizer había sido peón de campo en Entre Ríos y luego dueño de una agencia de venta de billetes de lotería; Antonio Zamora era corrector del diario *Crítica* y Juan Carlos Torrendell era un inmigrante mallorquín que había llegado a la Argentina a los 12 años y se había iniciado en el mundo de los libros como vendedor de librería. En tanto agentes culturales, los nuevos editores no eran, a diferencia de los imprenteros tradicionales, meros hacedores de libros; ordenaban los catálogos de sus editoriales a través de colecciones que respondían a los gustos del público, controlaban

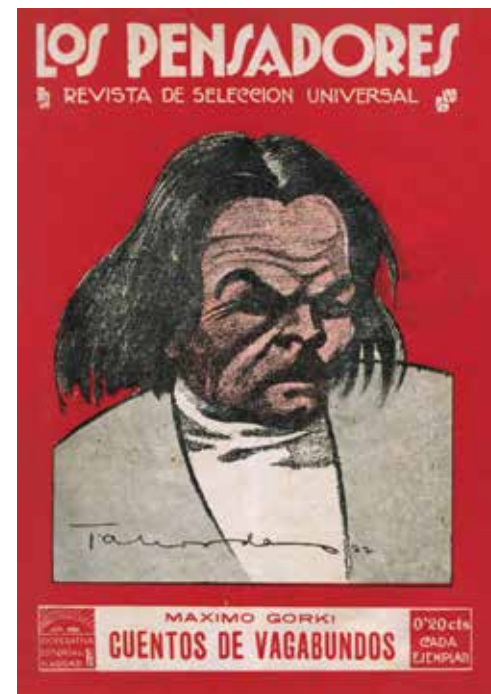


Juan Zorrilla de San Martín, *Tabaré*, Buenos Aires, Tor, s. f.  
Miguel Cané, *Juvenilia*, Buenos Aires, Tor, s. f.

la gestión financiera de sus empresas y contribuían a la consolidación de los escritores como profesionales remunerados con quienes, además, mantenían un vínculo personal cercano.

La editorial Tor, fundada en 1916 por Juan Carlos Torrendell, ofreció a los lectores un catálogo misceláneo, compuesto por diferentes colecciones que incluían clásicos de todos los tiempos, pero también novedades argentinas y extranjeras. Su marca distintiva fueron las ediciones hechas con papel de baja calidad y, en algunas ocasiones, con diagramación defectuosa, lo que explica que los libros tuvieran precios muy económicos. El bajo costo, sumado a la diversidad de las colecciones (biografías, novelas de aventuras, literatura detectivesca, etc.), los posicionaron muy rápidamente en el mercado. Decir que las ediciones de Tor fueron populares es cierto, pero al mismo tiempo no hace real justicia al extraordinario volumen de ventas de la editorial. Hacia fines de la década de 1920 y en la siguiente, las ventas se hicieron tan masivas (tiradas que resultan hoy casi inverosímiles) que Torrendell llegó a colocar una balanza en la librería y a vender libros por kilo, una ocurrencia que le valió el enojo de la Academia Argentina de Letras, que consideraba que la literatura no debía venderse como la carne.

Otra de las iniciativas importantes del período fue BABEL (Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias), fundada en 1922 por Samuel Glusberg. Junto a su hermano Leonardo, Glusberg ya había fundado en 1919 Ediciones Selectas América, empresa de gran éxito compuesta por una colección de cuadernos mensuales que no ofrecía novedades inéditas sino compilaciones de textos escritos



Máximo Gorki, "Cuentos de vagabundos", en *Los Pensadores*. Revista de Selección Universal, año 1, nro. 4, 3 de abril de 1922.

por autores como Amado Nervo, Juan B. Justo, Joaquín V. González u Horacio Quiroga, ya publicados en libros y revistas. BABEL, sin embargo, se dedicó a la edición de autores exclusivamente nacionales. Por un lado, sirvió para que figuras ya prestigiosas se consolidaran definitivamente; por el otro, también difundió nuevos escritores. A lo largo de diez años, en BABEL aparecieron títulos como *Los desterrados* (1926) de Horacio Quiroga, *El grillo* (1923), primer libro de Conrado Nalé Roxlo, *Radiografía de la pampa* (1933) de Ezequiel Martínez Estrada, así como la reedición de la obra de Leopoldo Lugones.



Sin embargo, los nombres de Manuel Gleizer y Antonio Zamora son los más destacados entre los editores de la década de 1920. El primer contacto de Zamora con el mundo de la edición ocurrió en el flamante diario *Crítica*, donde había ingresado como corrector siendo adolescente. La mencionada colección *Los Pensadores* salió al mercado en el verano de 1922. Zamora recordaría, muchos años más tarde, aquellos momentos iniciáticos:

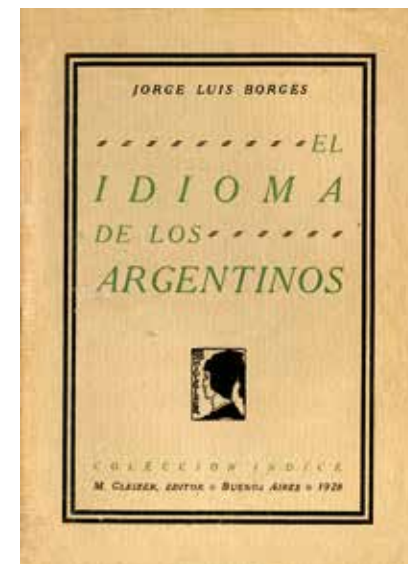
En Buenos Aires no había, en aquellos años, editoriales sino para cosas del gobierno o para instituciones.



Para el público en general, no se publicaban libros. Los libros que se vendían aquí casi todos venían de España. En América Latina tampoco había editoriales [...] La historia de la editorial comenzó con la publicación de una colección de libros económicos, titulada *Los Pensadores*. La publicación de esos libros la inicié en 1922, y la idea nació un día en que estaba corrigiendo un libro en los talleres de *Crítica*. Yo llevaba un libro para leer que era *La confesión* de Tolstoi. Mientras esperaba las pruebas se me ocurrió hacer algunos cálculos: ¿cuántas líneas tenía ese libro? Comprobé que el libro de 380 páginas podía entrar con un cuerpo chico en un folleto de 32 páginas a 2 columnas. Los libros, en esa época, eran muy caros. Con la edición que imaginé, el precio se pondría accesible para la gente de pueblo. Así que me fui a una imprenta que había frente a *Crítica*, los talleres Vitelli, y pedí un presupuesto. Hablé con la gente de reventa de *Crítica*, les pareció linda la idea y con el propósito de ayudarme hablaron con los kioscos. Tenía 25 años.

Así nació *Los Pensadores*, que dos años después se convertiría en la Cooperativa Editorial Claridad. La editorial llegó a publicar más de un millar de títulos entre su fundación y 1976, año de la muerte de Antonio Zamora. Se trata de un corpus variado de libros agrupados por colecciones o “bibliotecas” según disciplinas, temáticas y géneros (cuentos, novelas, poesías,

jurídicos, de teoría política y económica, filosofía, higienismo, sexología, divulgación científica, etc.). Entre 1924 y 1944 la editorial también se embarcó en el lanzamiento de una revista de literatura, arte y política, continuadora de *Los Pensadores*: la homónima *Claridad*. En ambos proyectos participó un conjunto amplio de intelectuales y artistas de izquierda entre los que se destacaron los escritores del denominado Grupo Boedo (Elías Castelnuovo, Leónidas Barletta, César Tiempo y Álvaro Yunque, entre otros) y el grupo Artistas del Pueblo (José Arato, Adolfo Bellocq, Guillermo Hebequer, Agustín Riganelli y Abraham Vigo). Una de las primeras colecciones de la editorial fue *Los Nuevos*, constituida exclusivamente por textos e ilustraciones de estos dos grupos de artistas militantes. *Claridad*, por su parte, fue una de las más importantes revistas de izquierda durante ese período. Por sus páginas desfilaron figuras relevantes de la política y la cultura tanto de nuestro país como de Latinoamérica y el mundo. Incluso, en las oficinas de la editorial llegó a funcionar durante algunos años el Ateneo Claridad, un espacio de sociabilidad que desarrolló distintas actividades culturales, políticas e intelectuales, como conferencias, obras de teatro y lecturas. Tanto la revista como los libros editados por Claridad tuvieron una amplia proyección continental y pusieron a disposición de las lectoras y los lectores latinoamericanos las primeras traducciones de textos emblemáticos de autores como Máximo Gorki, Lenin y Mario Mariani,



Carlos Ibarguren, *Manuelita Rosas*, Buenos Aires, Manuel Gleizer editor, 1925.  
Jorge Luis Borges, *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Manuel Gleizer editor, 1928.

entre otros. *Tinieblas* (1924) de Elías Castelnuovo, *Versos de la calle* (1924) de Álvaro Yunque, *Cuentos de la oficina* (1925) de Roberto Mariani, *Versos de una...* (1927) de César Tiempo, fueron algunos de los más importantes libros que la editorial publicó durante la década de 1920. Al mismo tiempo, Claridad fue determinante en la consolidación de la figura de escritor de Roberto Arlt, de quien hizo la primera edición de *Los lanzallamas* (1931), así como numerosas reediciones de *El juguete rabioso* y *Los siete locos*.

La figura de Manuel Gleizer, por otro lado, fue de una vitalidad e importancia insoslayables. Los eventos que lo convirtieron primero en librero y, luego, en editor, tal vez registren mejor que ningún otro los avatares y las condiciones en las que estos editores modernos emergieron. Gleizer había nacido en 1889 en Atakí, un pequeño pueblo de la Rusia zarista, y había llegado a la Argentina en 1900. Antes de convertirse en editor, fue peón de campo en una colonia agrícola en Entre Ríos y luego vendedor ambulante en Buenos Aires. Hacia fines de la década de 1910, Gleizer era un hombre afincado en el barrio de Villa Crespo, en donde tenía un pequeño local de venta de billetes de lotería. Pero un mal negocio con varios billetes no premiados lo llevó casi a la quiebra, razón por la que intentó, una vez más, ingeniárselas de una manera particular. Domingo Buonocore, en su libro *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, lo recuerda así:





Clara Beter (César Tiempo / Israel Zeitlin), *Versos de una...*, Buenos Aires, Claridad, 1926.

El quebranto fue catastrófico y, para recobrar el dinero perdido, intentó un lance más en su vida. Retiró de su casa una partida de 250 volúmenes de uso particular, pertenecientes casi todos a la Biblioteca Blanca Sempere, y anunció su venta al público con un cartelito a razón de 40 centavos el ejemplar. El éxito comercial fue tan rotundo como instantáneo: en pocas horas, con el asombro consiguiente, se evaporó la colección íntegra. Le tomó el gusto al oficio, como se dice, y entusiasmado con esa suerte promisoriosa, al día siguiente repitió la operación al revés, con un letrero que decía: “compro libros”. Poco

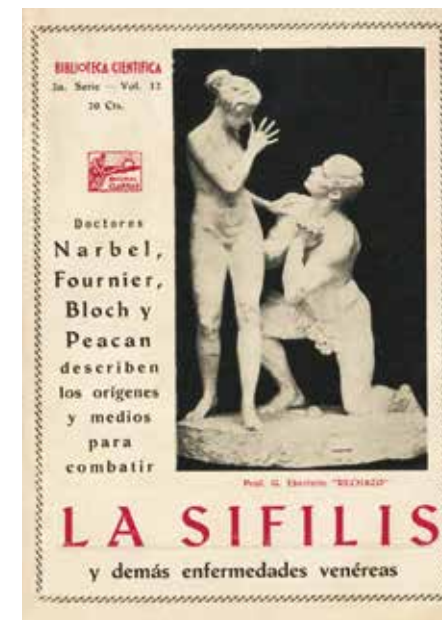
después, en 1921, inauguraría un nuevo comercio con el nombre de Librería La Cultura.

La ausencia de tradición, el azar y, sobre todo, la imbricación entre lo comercial y lo cultural signaron la empresa de Gleizer, que poco tiempo después convertiría su librería en una editorial. Alejada de las más céntricas de la calle Florida o Avenida de Mayo, la librería-editorial de Gleizer de la antigua calle Triunvirato se convirtió en un espacio de sociabilidad de escritores noveles, refugio de la bohemia y trastienda en donde se debatía, recitaba y cantaba hasta altas horas de la noche. A partir de 1922 y a lo largo de toda la década del veinte, Manuel Gleizer editó casi trescientos títulos de autores nacionales. Visto retrospectivamente, su carácter advenedizo en el mundo de las letras terminó funcionando de manera productiva en la conformación del catálogo de la editorial, puesto que Gleizer publicaba casi todo lo que caía en sus manos (muchas veces, incluso, según él mismo y muchos de los que lo conocieron confesaron, sin leer lo que daba a la imprenta). Publicó a Borges, pero también a César Tiempo, al joven Marechal, a Roberto Mariani. Lo llamativo era que estos libros podían convivir con otros relativos a la historia del judaísmo o con títulos como *La enfermedad celíaca: los regímenes sin leche en la dietética infantil*, del pediatra Florencio Escardó. La figura de Gleizer era la de un editor total: además de pagar derechos de



Guillermo Miranda Klix (comp.), *Cuentistas argentinos de hoy*, Buenos Aires, Claridad, 1929. | AA. VV., *La sífilis*, Buenos Aires, Claridad, s. f.

autor a los escritores que publicaba, se encargaba del arte de tapa, la diagramación interna, el trato con las imprentas e, incluso, de la distribución de los libros, que en ocasiones entregaba personalmente en las librerías. Una mirada a algunos de los títulos que publicó permite comprender la importancia de su figura. Entre ellos, *El idioma de los argentinos* (1928), *Evaristo Carriego* (1930) y *Discusión* (1932) de Jorge Luis Borges; *Molino rojo* (1926) de Jacobo Fijman; *No toda es vigilia la de los ojos abiertos* (1928) de Macedonio Fernández; *El hombre que está solo y espera* de Raúl Scalabrini Ortiz (1931); *La musa de la mala pata* de Nicolás Olivari (1925); *Tangos* de Enrique González Tuñón



(1925); *El violín del diablo* (1926), *Miércoles de ceniza* (1928) y *La calle con el agujero en la media* (1930) de Raúl González Tuñón; *Los aguiluchos* (1922) y *Días como flechas* (1926) de Leopoldo Marechal. Además, publicó a Arturo Cancela, Samuel Eichelbaum, Manuel Gálvez, Alberto Gerchunoff, Leopoldo Lugones, Eduardo Mallea, Alfredo Palacios, Florencio Varela, Roberto Payró, entre muchos otros.

Todos estos nombres —sumados a otros como los de J. L. Rosso y Jacobo Samet— fueron los agentes que configuraron el mapa de edición de libros de la época, y en sus iniciativas debemos rastrear, aún hoy, mucho de lo mejor y más importante de la literatura argentina de aquellos años.



## Stella: el primer *best seller* del siglo XX argentino

En 1905, la casa editorial barcelonesa Maucci publicó *Stella* (*Novela de costumbres argentinas*). El libro, anónimo en su primera edición y firmado por César Duayen a partir de la segunda, se convirtió de inmediato en un éxito de ventas sin precedentes en el incipiente mercado de bienes culturales argentino. La primera edición de mil ejemplares se agotó en una semana y solo a lo largo de 1905 se hicieron nueve ediciones del libro. La anomalía de estas cifras era tal que la céntrica librería Moen, espacio de sociabilidad de poetas jóvenes, tuvo que sumar un empleado que se encargara exclusivamente de las ventas de la novela. El éxito de ventas fue directamente proporcional a la curiosidad que despertaba la identidad del autor. ¿Quién estaba detrás del seudónimo “César Duayen”? Las suposiciones fueron diversas, hasta que el diario *La Nación* organizó un concurso para resolver el misterio. Manuel Láinez reveló finalmente lo que nadie esperaba: el autor era mujer, “la bellísima dama de sociedad Emma de la Barra”. A partir de entonces, la popularidad de De la Barra fue tan grande que su cara llegó a promocionar diferentes bienes de consumo en la revista *Caras y Caretas*. Casa Maucci le proporcionó, en un gesto insólito para la época, un adelanto de 5000 pesos para su segunda novela (*Mecha Iturbe*, que no sería tan bien recibida como *Stella*), junto con la



César Duayén (Emma de la Barra), *Stella*, Barcelona, Maucci, 1905.

garantía de hacer una tirada de 6000 ejemplares en la primera edición.

Nacida en Rosario en 1861, Emma de la Barra creció en una familia distinguida de Santa Fe y tuvo desde adolescente inclinaciones por la pintura, la música y la literatura. Se casó con su tío en un matrimonio arreglado y durante su juventud desarrolló distintas iniciativas socioculturales. Tras quedar viuda, durante el luto, emprendió la redacción de *Stella*. Rememorando



César Duayén (Emma de la Barra), *Stella*, Buenos Aires, Tor, s. f.

Portada interior de *Stella*, de César Duayén (Emma de la Barra), Barcelona, Maucci, 1905.

muchos años después el suceso de la publicación, De la Barra diría: “Hace un cuarto de siglo las mujeres ocupábamos una situación especialísima dentro del ambiente social. No se concebía

la posibilidad de que traspusiera los límites del hogar sin que violara los más elementales preceptos de su organización. ¿Cómo iba a atreverme a firmar una novela? ¡Qué esperanza! Era exponerme al ridículo y al comentario”. En efecto, la novela problematiza el papel de la mujer en la sociedad, especialmente a través de su protagonista, Alejandra Fussler, extranjera que tiene una mirada moderna sobre los roles que hombres y mujeres debían ocupar y que, al instalarse en Buenos Aires junto a su lisiada hermana Stella (personaje incorruptiblemente puro y bueno, que da nombre al libro), choca con la hipocresía y la moral tradicional de la alta sociedad porteña de principios del siglo XX. Costumbrista y melodramática a la vez, la novela es un valioso compendio de los hábitos sociales, los espacios de sociabilidad y los códigos de conducta de la Buenos Aires de la época, en pleno proceso de modernización. Esto probablemente explique la asombrosa identificación de los lectores con el texto, en el que también aparecen retratos de personajes históricos como Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña.

Hasta 1932, *Stella* vendió más de trescientos mil ejemplares en Argentina y el exterior, y fue traducida a muchos idiomas. Se trató de una de las novelas más leídas durante la primera mitad del siglo XX en Argentina, y fue llevada al cine en 1943, en una película protagonizada por Zully Moreno. Luego caería en un olvido parcial, del que en los últimos años ha empezado salir.



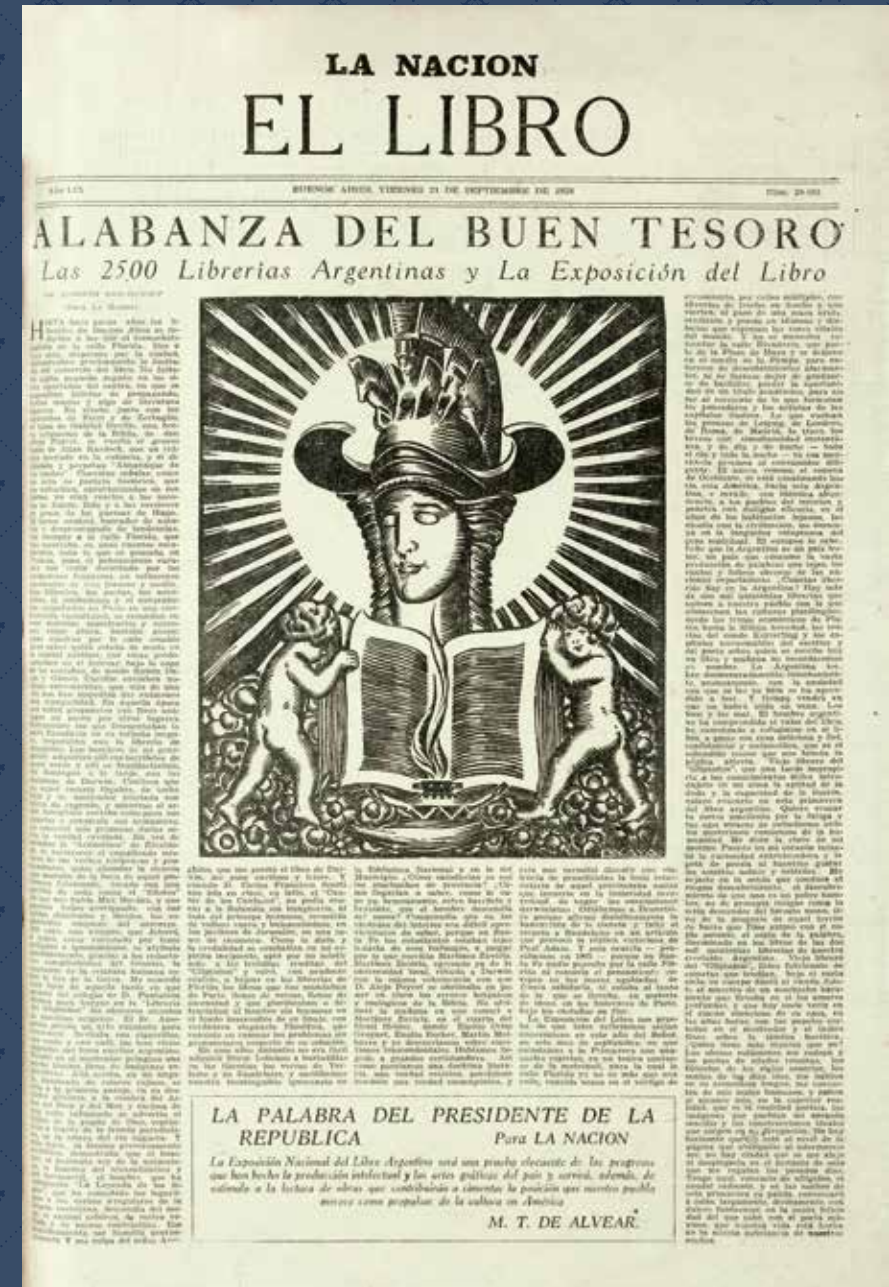
# La Primera Exposición Nacional del Libro

La Primera Exposición Nacional del Libro tuvo lugar en el Teatro Cervantes de Buenos Aires en 1928 y fue un espacio privilegiado para el desenvolvimiento de los debates en torno a la producción del libro durante toda la década de 1920. La producción de las artes gráficas, la confección de los objetos, la comercialización de los libros y los mercados propicios para su circulación fueron algunos de los ejes sobre los que giraron los debates dentro de la exposición. Distintas corrientes políticas y estéticas confluyeron en el espacio para discutir sobre el papel que debía ocupar el libro como instrumento de difusión cultural. En paralelo, el auge de los afiches y las artes gráficas como medio para la difusión de eventos y nuevas producciones literarias estimuló a la Exposición Nacional del Libro a trabajar en la consolidación de la alianza entre el grabado y la ilustración.

A lo largo de la década de 1920, los avances tecnológicos para la realización de las ilustraciones, en especial el trabajo sobre grabados originales, ayudaron a mejorar el nivel artístico del diseño de los libros. La modernización de los materiales y de las técnicas de encuadernación y diseño aliviaron la tensión existente entre la calidad estética y la producción masiva. El Teatro Cervantes destinó un sector de la exposición a la exhibición de ediciones encuadernadas con un carácter

mucho más artesanal, bajo técnicas más tradicionales y diseños ornamentales. El uso de esas técnicas fue bien recibido por buena parte de los concurrentes. Asimismo, la prensa en general se ocupó de señalar los beneficios de adoptar aquellas artes en la producción editorial, que evidenciaba un avance de la cultura nacional. Sin embargo, la idea también encontró opositores que sostuvieron que estas técnicas atentaban contra la difusión y el consumo masivo de libros de factura local, uno de los pilares fundamentales de la Exposición.

El problema específico de la circulación y el consumo de libros ocupó gran parte de los debates y discursos entre editores y participantes en general. Aquellos que pregonaron a favor del trabajo más artesanal en cuanto a los métodos de reproducción le daban una mayor preponderancia a la existencia de diseños refinados que al contenido literario. El "libro de lujo" encontró adeptos y detractores en igual cantidad. Quienes lo defendían, lo concebían como un objeto de consumo privilegiado para coleccionistas de poder adquisitivo o expertos dentro del ámbito bibliófilo, y apoyaban la idea de darle un mayor protagonismo a las artes gráficas dentro del proceso productivo. En la vereda opuesta se situaron quienes consideraban prioritario estimular las políticas de difusión y producción



Suplemento "El libro", *La Nación*, 21 de septiembre de 1928.





masiva de libros a través de la industrialización, relegando el aporte de las artes gráficas y propiciando una estandarización de los diseños.

La Primera Exposición Nacional del Libro no solo dio cuenta de muchas de las tensiones que atravesaba el mundo

de la cultura impresa, también demostró que el negocio de la impresión y la producción de libros constituía un ámbito de peso tanto para la economía y la cultura nacionales como para el delineado estratégico de políticas públicas por parte del Estado.



Afiches publicitarios de la Primera Exposición Nacional de Libro, en Caras y caretas, 1° de septiembre de 1928.



Fachada del diario *La Protesta*, s. f. Fondo AGN.



# Las editoriales de izquierda

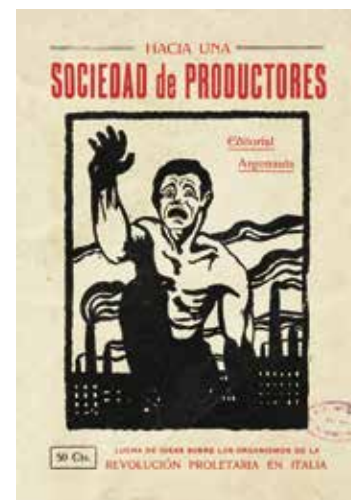
.....

**P**ara gran disgusto de las elites nativas, con la llegada a nuestro país de los primeros inmigrantes europeos también arribaron las primeras experiencias políticas de carácter socialista, anarquista y sindicalista: en 1880 se organizaron los primeros grupos anarquistas de la mano del ideólogo Enrico Malatesta y en 1896 se fundó el Partido Socialista Argentino. Estas expresiones políticas y sindicales tuvieron tempranamente sus propios órganos de prensa. Dos de los más importantes y persistentes fueron el periódico anarquista *La Protesta Humana*, fundado en 1897, y el periódico socialista *La Vanguardia*, fundado en 1894. Pero incluso antes y después de la creación de estos dos periódicos, existieron un conjunto variado de publicaciones de izquierda con sede en distintas ciudades del país: *El Obrero* (socialista, 1890), *El Socialista* (socialista, 1892), *El Perseguido* (anarquista, 1890-1897), *El Rebelde* (anarquista, 1898-1903), *La Questione Sociale* (anarquista, 1894-1896), *El*

Obrero Panadero (anarquista, 1894-1902), *La Voz de la Mujer* (anarquista, 1896-1897) y muchísimas otras.

En 1901 se reunió por primera vez el Congreso que dio origen a la Federación Obrera Argentina (FORA) y a partir de entonces tanto el movimiento obrero organizado como las distintas expresiones políticas con vocación de transformación social iniciaron un proceso de crecimiento y consolidación progresivo. A su vez, el triunfo de la Revolución rusa en 1917 supuso un parteaguas en la política argentina. El mapa de las izquierdas se complejizó con la aparición de nuevos partidos y facciones

divididas, entre otras cosas, por la caracterización que hacían de la estrategia bolchevique. Mientras que la dirección del Partido Socialista mantuvo un distanciamiento crítico, un sector probolchevique se desprendió y formó el Partido Socialista Internacional, poco después rebautizado Partido Comunista. Más allá de esta primera escisión, durante varios años convivieron, dentro del propio Partido Socialista, dos corrientes enfrentadas en torno a la postura que debía adoptar el Partido frente a la revolución. Mientras que la dirección siguió sosteniendo el distanciamiento respecto de la estrategia



*Hacia una sociedad de productores*, Buenos Aires, Argonauta, 1921. | Romain Rolland, *Vida de Beethoven*, Buenos Aires, Las Grandes Obras, s. f.



Luis Fabbri, *Dictadura y revolución*, Buenos Aires, Argonauta, 1923. | Pedro Archinoff, *Historia del movimiento machnovista*, Argonauta, 1926.

bolchevique, los sectores que abogaban por la adhesión a la Tercera Internacional Socialista (Comintern), creada en Moscú en 1919, fueron conocidos como “socialistas terceristas”. En este marco, la publicación de libros y órganos de prensa se volvió una tarea absolutamente necesaria para instalar, difundir y sumar

adeptos a las distintas posiciones en danza. El flamante Partido Socialista Internacional fundó rápidamente la Editorial Marxista, mientras que algunas de las iniciativas editoriales de los llamados “terceristas” fueron *¡Adelante!*, *Documentos para el progreso*, *La Internacional*, *Clamor y Pax*. Por su parte, el universo anarquista

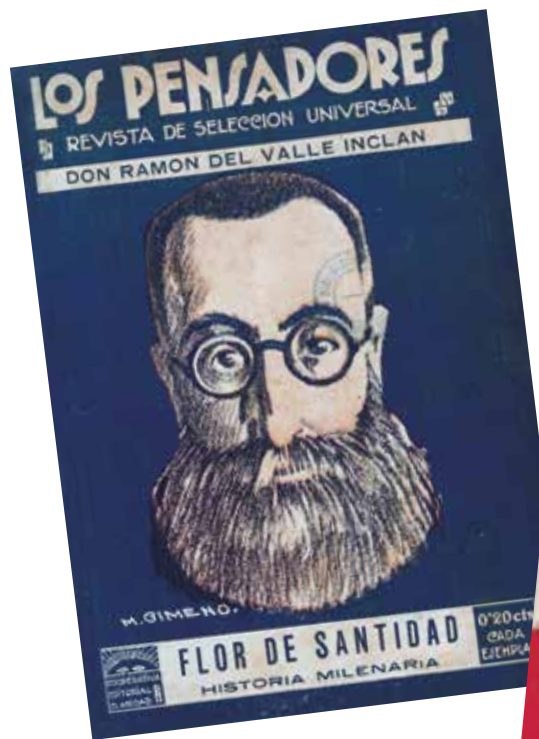
“En estos últimos tiempos se han multiplicado las editoriales de propaganda revolucionaria de una manera asombrosa. Las colecciones de documentos, las revistas y los folletos que se refieren a la gran Revolución se tiran por millares y el público los acoge con sed de arena soleada y los asimila y los discute. [...] Ciertamente es que los hombres sensibles e inteligentes son todavía los menos. Pero cada libro nuevo, cada nueva verdad suma nuevos adeptos a la causa. Y cada nuevo adepto es un paso ganado hacia el advenimiento de la Justicia”.

Nota editorial acerca de *La revolución o la muerte*, de Raymond Lefebvre (Buenos Aires, Clamor, 1921).



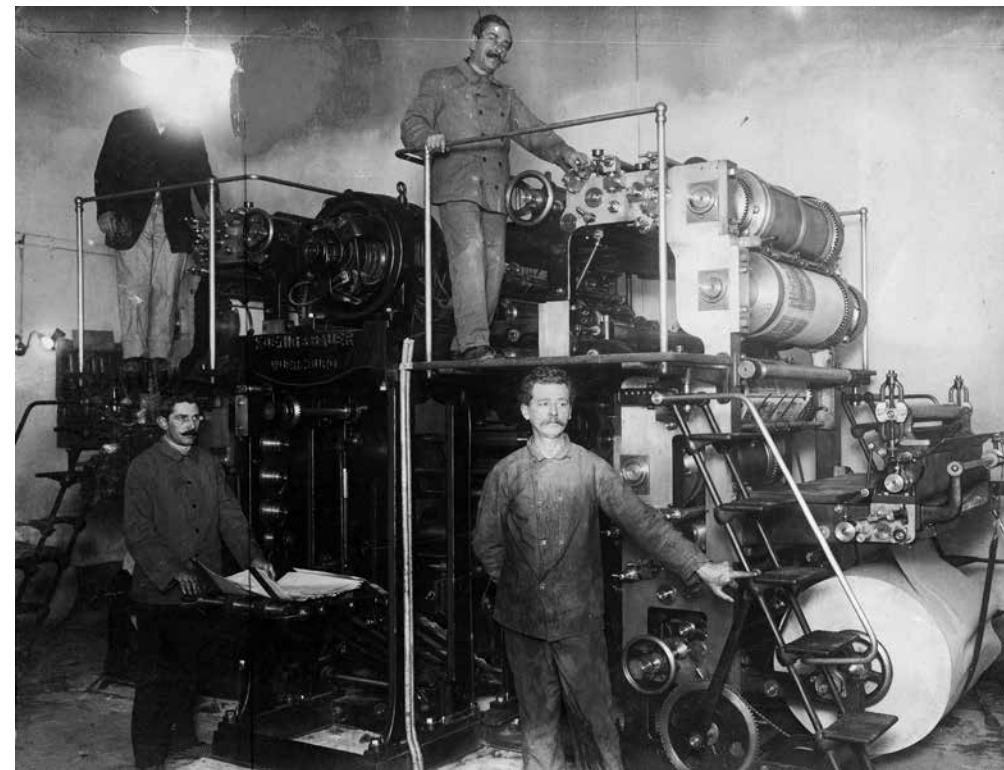
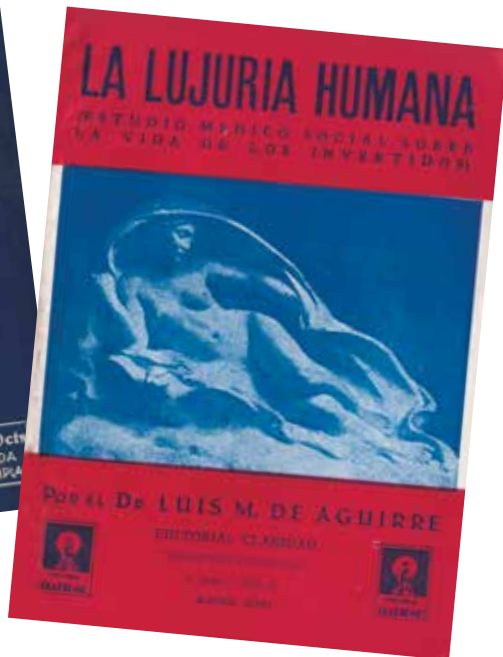
quedó dividido en un ala conocida como “anarcobolchevique” y otra reticente a ver en la experiencia soviética una auténtica transformación. Entre las editoriales de naturaleza antibolchevique la principal fue Argonauta, dirigida por Luis Juan Guerrero. Mientras que dentro de la tendencia probolchevique se destacó la colección Las Grandes Obras, aparecida en 1922 y dirigida por el anarcobolchevique Julio Barcos. A excepción de Las Grandes Obras, que dedicó varios números a la narrativa,

el catálogo de estas editoriales de izquierda estaba conformado prioritariamente por documentos, ensayos y conferencias sobre teoría política. En la mayoría de los casos, implicó un trabajo importante de traducción por primera vez al castellano de textos en ruso, italiano, alemán, inglés y otros idiomas. En ese sentido, estas editoriales funcionaron como verdaderos canales de difusión y formación no solo para los militantes activos sino para públicos más amplios y populares que sentían verdadera curiosidad



Ramón del Valle Inclán, “Flor de santidad”, en *Los Pensadores. Revista de Selección Universal*, año 1, nro. 3, 20 de marzo de 1922.

Luis M. Aguirre, *La lujuria humana (Estudio médico social sobre la vida de los invertidos)*, Buenos Aires, Claridad, s. f.



Vista de la nueva rotativa del diario *La Vanguardia*, julio de 1913. Fondo AGN.

y abrigan fuertes expectativas en torno a la Revolución rusa. De hecho, las editoriales de izquierda no fueron las únicas en publicar textos de esta naturaleza. La propia editorial Tor, con un perfil marcadamente comercial y no partidario, publicó títulos como *Evitemos la guerra social*, *El antimaximalismo* y otros escritos de Cándido Villalobos Domínguez, *El bolcheviquismo ante la guerra y la paz del mundo* de León Trotsky y *la Constitución de la República Socialista de los Soviets Rusos*, entre otros textos políticos. Por su parte, la mencionada

editorial Claridad, cuyo director comenzó a militar activamente en el Partido Socialista a partir de 1924, también contribuyó con la publicación y traducción de un nutrido número de títulos referidos a la teoría política. En ese sentido, las editoriales argentinas de izquierda constituyeron verdaderas usinas de difusión ideológica con un impacto considerable a nivel continental. Es imposible tratar de comprender el mapa político partidario latinoamericano de las décadas de 1920 y 1930 sin atender a la labor de estos editores y sus catálogos.

Kiosco de diarios y revistas en la esquina de San Juan y Boedo, s. f. Fondo AGN.



## A modo de cierre

Los últimos años del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX estuvieron signados por la aparición de nuevos diarios, revistas y editoriales de distinto tipo. Esa efervescencia de publicaciones fue producto, entre otras cosas, de un incremento del público lector impulsado por las políticas inmigratorias, el crecimiento poblacional y la expansión de la educación pública que aumentó sensiblemente los índices de alfabetización. Al mismo tiempo, numerosos adelantos técnicos permitieron aumentar y abaratar la producción de impresos, así como ofrecer objetos más atractivos por su diseño y factura. El libro —que coexistía con otra serie de impresos como revistas, folletines, diarios y almanaques— fue haciéndose paulatinamente más accesible y a su función pedagógica e informativa (asociada en general con la alta cultura) se le sumó también la del entretenimiento. La cultura letrada dejó de ser prerrogativa de una minoría social. Nuevos hábitos modernos





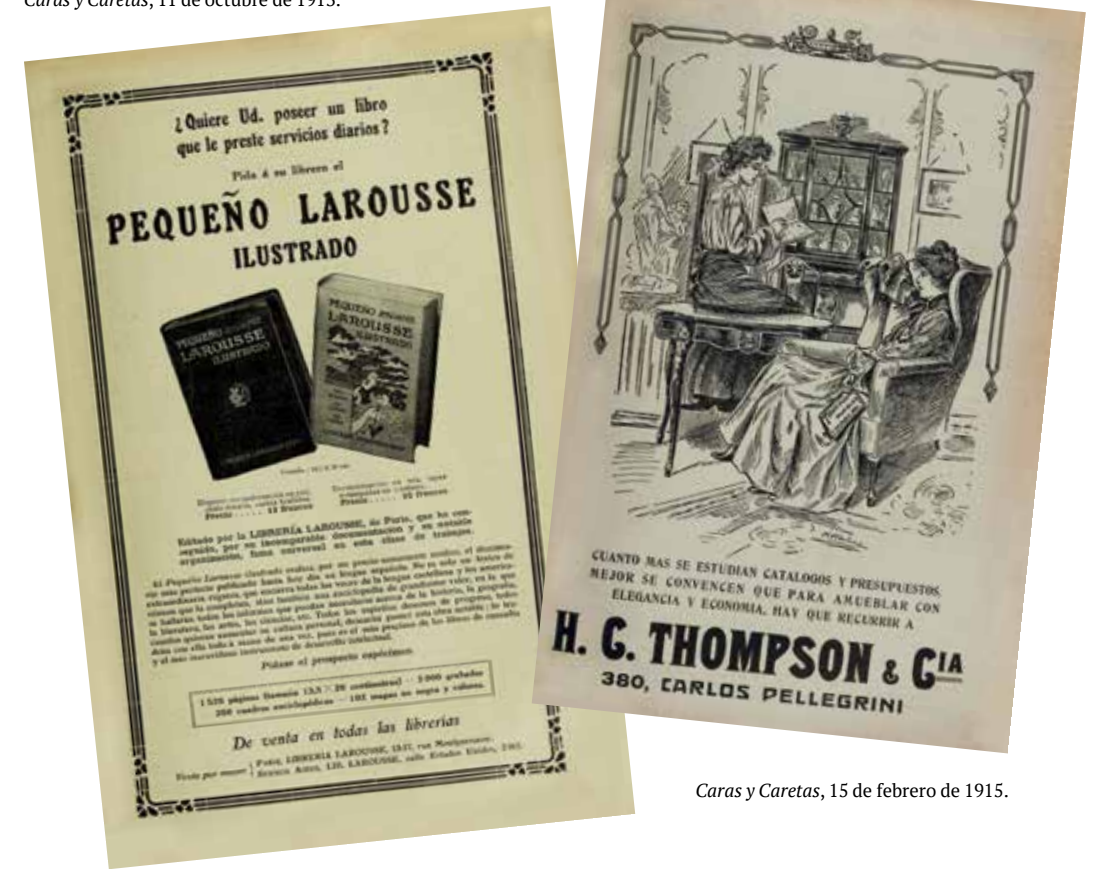
Plaza de Mayo, s. f. Fondo AGN.

de lectura y escritura fueron desarrollados por sectores cada vez más vastos, más plurales y más heterogéneos. Sin abandonar sus espacios tradicionales, la lectura se desplazó lentamente al espacio público y se puso *al alcance de todos*. Esta democratización y modernización de la cultura letrada también generó inquietud y desconfianza por parte de un sector de la sociedad. Aparecieron, entonces, distintos emprendimientos editoriales

pensados especialmente para orientar a estxs nuevxs lectorxs, ya se tratase de trabajadorxs, infancias o mujeres.

En los inicios de la década de 1920, la industria editorial se afianzó y emergió con claridad la figura del editor moderno, munido de criterios empresariales más allá de su rol de mediador cultural. Por su parte, las distintas expresiones de la izquierda local aprovecharon el desarrollo tecnológico y la

Caras y Caretas, 11 de octubre de 1913.



Caras y Caretas, 15 de febrero de 1915.

expansión del público lector para dar origen a distintos emprendimientos editoriales de envergadura no solo nacional sino continental.

En definitiva, el mundo de los impresos y en particular el de los libros constituyeron en este período un universo cargado de sentidos, atravesado por diversas disputas y, sobre todo, muy rico a la hora de

pensar el proceso de constitución de subjetividades, matizadas por el género, la edad y la clase social. En un país en donde las ansiedades por establecer una identidad nacional estaban a la orden del día, los emprendimientos editoriales cumplieron un rol fundamental y dieron cuenta de las tensiones y paradojas que signaron esa gesta.

## Bibliografía de referencia

Abraham, Carlos, *La editorial Tor. Medio siglo de libros populares*, Buenos Aires, Tren en Movimiento, 2012.

Ares, Fabio Eduardo (comp.), *En torno a la Imprenta de Buenos Aires: 1780-1940*, Buenos Aires, Dirección General de Patrimonio, Museos y Casco Histórico (GCBA), 2018.

Bonelli Zapata, Ana y Villanueva, Aldana, “Artes gráficas y la Exposición Nacional del libro de 1928: materialidad, arte e industria en la producción del libro en Argentina”, *Palabra Clave*, vol. 10, nro. 1, 2020, disponible en <https://doi.org/10.24215/18539912e108>

Buonocuore, Domingo, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires, Bowker, 1974.

Bustelo, Natalia, *La reforma universitaria desde sus grupos y revistas. Una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil porteño de las primeras décadas del siglo XX (1914-1928)*, tesis de posgrado, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), en Memoria Académica, 2015, disponible en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1307/te.1307.pdf>

De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.

Fernández Cordero, Laura, *Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2017.

Delgado, V., Maihlé, A. y Rogers, G., *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata- FHyCE, 2014.

Ferreira de Cassone, Florencia, *Claridad y el internacionalismo americano*, Buenos Aires, Claridad, 1998.

———, *Índice de Claridad. Una contribución bibliográfica*, Buenos Aires, Dunker, 2005.

Mosqueda, Ana, *Condiciones de producción, formas y contenidos de los almanaques porteños en las primeras décadas del siglo XX*, Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición, 31 de octubre, 1 y 2 de noviembre

de 2012, La Plata, disponible en [https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.1942/ev.1942.pdf](https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1942/ev.1942.pdf)

Parada, Alejandro, *Cuando los lectores nos susurran*, Buenos Aires, INIBI, 2007.

Pierini, M., Campodónico, H., Cilento, L., Grillo M. V. y Labeur, P., *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004.

Piña, Cristina, “Instrucciones para silenciar un éxito arrollador o los muchachos no perdonan”, prólogo a César Duayen (Emma de la Barra), *Stella*, Buenos Aires, Buena Vista, 2011.

Saítta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Norma, 2004.

Ubertalli Steinberg, Florencia Painé, “Los Pensadores: educación en hábitos y contenidos”, en Anuario CEEED, año 8, nro. 8, 2016, disponible en <http://www.economicas.uba.ar/wp-content/uploads/2016/03/Ubertalli.pdf>

Valinoti, Beatriz Cecilia, *Lecturas y lectores, una mirada desde La Biblioteca Internacional de Obras Famosas*, IV Jornadas de Intercambio y Reflexión acerca de la Investigación en Bibliotecología, 29-30 de octubre de 2015, La Plata, disponible en [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.5390/ev.5390.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5390/ev.5390.pdf)

———, *De la revista a la biblioteca, una ruta de la circulación libresco en Argentina a inicios del siglo XX*, en XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2017, disponible en <https://www.aacademica.org/000-019/339>



**Presidente de la Nación**

Alberto Fernández

**Vicepresidenta**

Cristina Fernández de Kirchner

**Ministro de Cultura**

Tristán Bauer

**Director de la Biblioteca Nacional**

Juan Sasturain

**Subdirectora de la Biblioteca Nacional**

Elsa Rapetti

**Director Nacional de Coordinación Bibliotecológica**

Pablo García

**Director Nacional de Coordinación Cultural**

Guillermo David

**Director General de Coordinación Administrativa**

Roberto Arno

**Coordinación de la muestra:** Florencia Ubertalli. **Investigación y textos:** Florencia Ubertalli, Mauro Haddad y Antonio Dziembrowski.

**Diseño:** Daniela Carreira y Maia Kujnitzky. **Montaje:** Valeria Agüero, Ezequiel Gallarini, Andrés Girola, Susana Fitere, Jonathan Anzotegui y Emiliano Remine. **Producción:** Martín Blanco y Pamela Miceli. **Edición:** Área de Publicaciones. **Video:** Diego Vega.

**Áreas de la Biblioteca Nacional que intervinieron en la muestra y el catálogo:** Dirección de Producción de Bienes y Servicios Culturales, Dirección de Investigaciones, Dirección de Hemeroteca, Departamento de Diseño Gráfico, Departamento de Publicaciones, Departamento de Exposiciones y Visitas Guiadas, Departamento de Montaje, Departamento de Tesoro, Departamento Libros, Departamento de Materiales Cartográficos y Fotográficos, Departamento de Música y Medios Audiovisuales, Departamento de Preservación, Departamento de Relaciones Públicas, Departamento de Sonido e Iluminación, Departamento de Infraestructura y Servicios, Coordinación de Prensa y Comunicación.

**Agradecimientos:** Margarita Pierini, Ana María Cabanellas, Pablo Fontdevila, Archivo General de la Nación, TV Pública.

